

una variedad del sueño

cuestionario por Lorenzo Saval

¿Quién desearías que te soñara una tibia noche de verano?

Los sueños representan un asunto espinoso. El relato de los sueños, además de espinoso, suele ser aburrido. Pocas cosas son tan agradables para quien las sufre, y tan insufribles para quien las escucha relatar. El infierno de la peor literatura está empedrado con las narraciones de los sueños de los demás, tan singulares, pero tan intercambiables, de excentricidad tan parecida. Como los hijos propios —a poco que nos dejemos llevar del entusiasmo—, nos hacen mucha gracia, y en cambio no despiertan casi ningún interés ajeno. No sólo no podemos ponernos en el lugar del otro, sino que no sabemos acceder al sueño del otro, ese lugar salvaje.

Escribir consiste, bien mirado, en una variedad del sueño: una variedad más fácil de manejar y compartir. Hablar por escrito de los sueños ajenos representa una modalidad onírica al cuadro: un laberinto de espejismos. De manera que no debemos complicar las cosas. Cuando sueño despierto —como ahora—, me limito al ámbito de lo posible, o de lo que es susceptible de realizarse. Alguien dirá que esa manera de soñar resulta poco soñadora. Tal vez. Con el tiempo, he dado en creer que la magia verdadera del mundo, el hechizo de la vida, reside en la voluptuosa, inabarcable y materna cotidianidad. De ahí que me conformo con ser una presencia clemente en el sueño de quien bien me quiera.



Carlos Marzal. Valencia, 2005

La mujer que encarna todas tus precisas perversiones surge desde la atmósfera oscura del bar. Estás solo e indefenso. Se te acerca después de una ráfaga terrible de miradas y te invita a su mesa. —¿Quieres jugar conmigo esta noche? —Te susurra al oído. Dices el sí más largo que ha salido nunca por tu boca. —A lo que tú quieras. Entonces esa mujer fascinante extrae de su bolso algo de metal, pesado, que se identifica rápidamente con un revólver. Si aprietas una vez el gatillo quizás tengas la noche más alucinante de tu vida, si aprietas otra vez no te arrepentirás y volverás otra noche a pedirmelo.

¿Cómo terminarías la historia?

Esta pregunta encierra una novela posible, y necesita alguna aclaración de orden narrativo. En primer lugar, mis perversiones —bastante inocentes— no son precisas, sino más bien vagas. Y en segundo lugar, como se trata de un sueño cinematográfico, esta invitación a divagar requiere un cinematográfico desenlace. Me gustan las historias que cuentan las películas de los años gloriosos del cine negro. Así que la mujer me arrastraría a un camino de perdición, con abundancia de robos a mano armada en sucursales bancarias, y profusión de largas noches de vino y rosas, hasta ser traicionado por la bella sin entrañas, y morir acribillado a balazos, en plena calle, bajo anuncios de neón que proclaman las excelencias de un paraíso tropical. Aunque también podíamos hacer una concesión afectiva, y despedir la escena en ese mismo paraíso del trópico, a la sombra de los cocoteros, en el instante en que la bella sin alma hace acto de contrición, decide cambiar de vida y me prepara un mojito muy frío.

¿Con qué elementos de tu memoria construirías un Ninot gigantesco para entregarlo al fuego?

Tengo muy poco espíritu fallero (como tantos de mis paisanos, a pesar de lo que el tópico pueda sugerir fuera de Valencia). La estética del ninot me desagrada profundamente, pero el fuego es sagrado, y me gusta el viejo ceremonial —contemporáneo, por otra parte— de quemar en la calle los trastos inservibles de todo un año, y empezar de nuevo, más ligeros, con menos ataduras. Quemar es corregir, y corregir suprimiendo representa la más profunda manera de crear y crecer. Suprimir todo lo superfluo, en el orden material y espiritual, debería de ser nuestra tarea. De modo que, en esa hoguera de trastos acumulados en la memoria, apilaría todo lo que reportara dolor y adversidad. Alguna vez he urdido la quimera de que pudiésemos tomar baños de fuego, para renacer, sin mácula, de nuestras cenizas agradecidas.

Me estoy quedando tan solo como se queda el torero después de matar al toro, escribió José Bergamín. ¿Cómo es la sombra de la soledad?

No sé si los magníficos versos de Bergamín dicen, más allá de su verdad privada, un verdad que se aproxime a lo que, por lo común, entendemos como la verdad, ese ensueño. La soledad del torero sin el toro constituye una forma benévola de la soledad, ya sea en mitad del aplauso o del abucheo que sigue a una faena, porque está provocada por el afecto de la admiración o del repudio. Supongo que la verdadera soledad, de la que sólo hablo por conjeturas, significa la falta de afecto: no poder dispensar afecto a la vida, y no poder recibir de la vida ningún afecto. La ausencia de amor, en cualquiera de sus manifestaciones, debe de ser la verdadera soledad, que tal vez no proyecte sombra alguna, porque toda ella es una luz, su luz negra.

Los restos del naufragio ¿Dónde aparecen? Hay una foto descolorida dentro de una carta oculta con dos seres besándose. ¿Quiénes son?

Los restos del naufragio aparecen allí donde las olas del mar quieren llevarlos, como nos sucede a nosotros con cada segundo de nuestra vida, que es también naufragio, con lo que ello supone de catástrofe y sorpresa, de tragedia y maravilla. Pensemos en que los restos esparcidos de un galeón significaban pérdida para los navegantes, y un tesoro a flote o hundido para quienes vivían en la costa. En esa metáfora se cifra una lección de perspectiva moral. La pareja que se besa en la foto de la carta oculta no sabemos quién es. Ahí radica la gran perplejidad. Ahí empieza el abismo. Podemos vislumbrar su amor, su entrega, su felicidad, y el hecho de que ahora casi todo sea pasto del olvido, una imagen borrosa, nos llena de asombro. Mientras, en el cielo, impasibles, discurren las nubes que ellos mismo vieron.

Descubren dos pasaportes con tu nombre y tu foto en el bolsillo de una gabardina abandonada al final de la fiesta. Uno está ensangrentado y el otro lleva el sello de un carmín. ¿Cuál es el auténtico?

Ninguno de los dos. Un pasaporte, un carnet, una fotografía, un retrato verbal sólo son parte de la historia. Una historia que, por otro lado, no está completa en ningún lugar. Nadie la sabe por entero, nadie puede explicarla, nadie la puede imaginar con verosimilitud. Vivir es conocer, sólo, parte de la historia.

Rafael Alberti y Octavio Paz ante la pregunta *¿cuál es tu lema?* del cuestionario Proust, responden citando a un autor. Alberti con Baudelaire: «¡Hombre libre tú siempre querrás el mar!» y Paz con San Juan de la Cruz: «deseando nada». ¿Cuál es el tuyo?

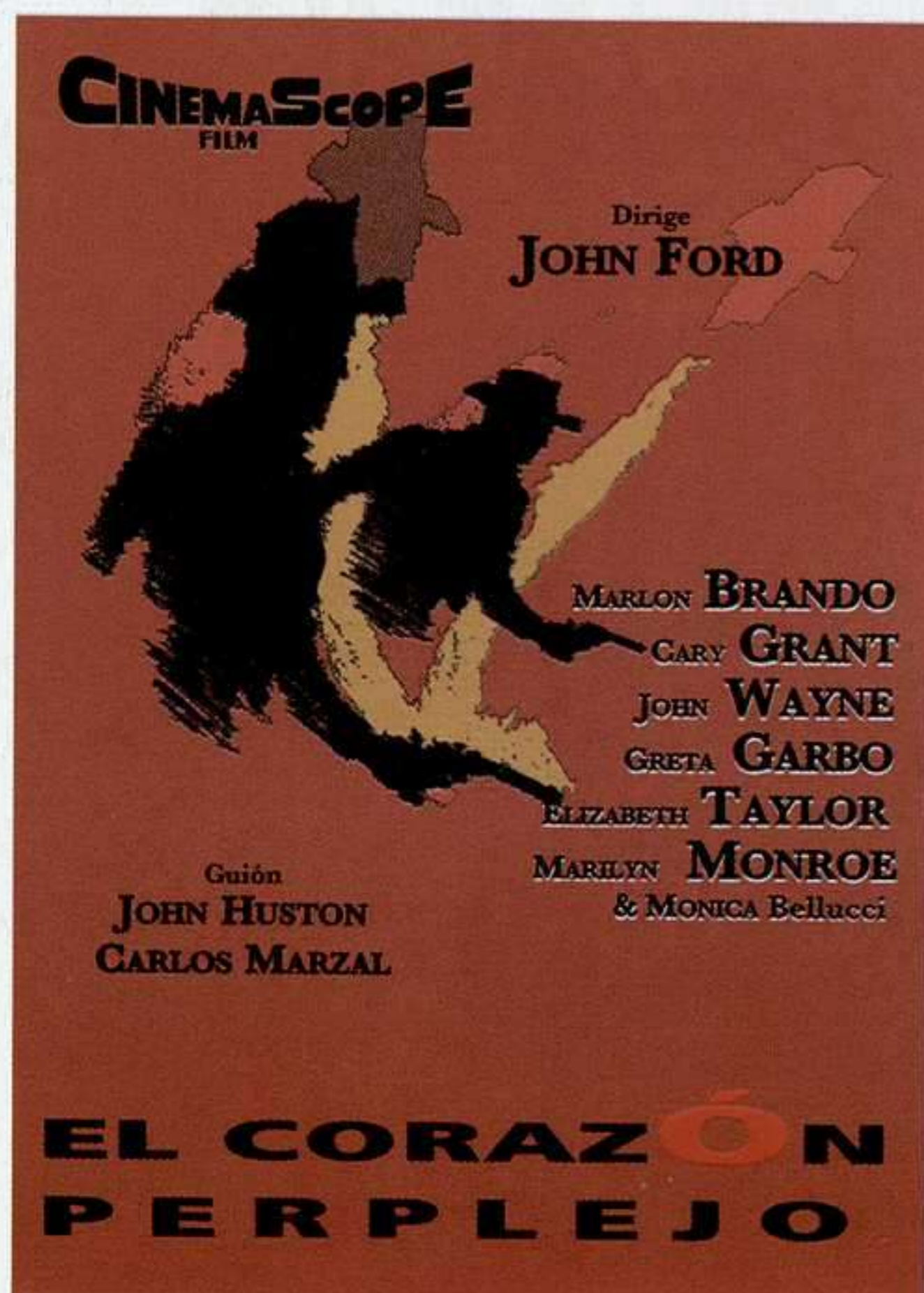
Lo dijo Quevedo, mi poeta: «Nada me desengaña. La vida me ha hechizado.»

Unos arqueólogos del futuro encuentran tu tumba perdida durante siglos. Con dificultad aun se puede leer en la piedra tu epitafio ¿Qué dice?, ¿dónde estaba? y ¿de quién era la otra tumba que apareció a su lado?

El lema anterior es también el mejor epitafio. Y nada significa que mienta en lo particular, porque dice la verdad de lo que importa. No es poca empresa soñar con vivir y morir bajo una misma divisa.

La tumba está en Valencia, o en Serra, en las montañas de la sierra Calderona, el paisaje que más amo. La muerte, supongo, ya es lo suficientemente exótica para buscarle más exotismos paisajísticos. Si allí desperté a los sentidos y a la vida, bien está que allí deponga la vida y los sentidos.

En cuanto a quién encuentran a mi lado los arqueólogos del futuro, vaya usted a saber. El azar, que es la gran divinidad, es también el gran humorista.



¿Qué título tendría esa película que narrara un episodio de tu vida y qué actores y actrices de todos los tiempos escogerías para que la interpretasen?

El título de mi poesía reunida podría servir para un buen cartel cinematográfico: *El corazón perplejo*. A pesar de lo que podría pensarse, sería un *western* tierno, sangriento y psicológico. Y como cuento con el mejor presupuesto de la historia, compartiría aventuras con Marlon Brando, Gary Grant, John Wayne, Greta Garbo, una jovencísima Elizabeth Taylor, Marilyn Monroe y —discúlpenme el capricho carnal— Monica Bellucci. Estaría dirigida por el viejo Ford, con el parche en el ojo, y con guión de Huston, con la botella en la mano.

**Decía Allan Wats, el filósofo de la contracultura: «Cuando tu gato se escapa en la noche, no siempre lo hace en busca de una aventura sexual, la mayoría de las veces se sienta y sólo mira las estrellas»
¿Cuando el poeta, el viajero ocasional, se escapa en la noche a dónde va?**

El gato de Allan Wats, de tanta leche psicotrópica como había tomado, estaba de vuelta de todo, pero mi gato, que goza de una morigerada vida gatuna, siempre que sale de noche, por los tejados, comete gatuperios con la primera gatita que le sale al paso. Por otra parte, yo le hubiese dicho a Allan Wats que los poetas, cuando meditan, no siempre lo hacen acerca de la cosa en sí, sino que la mayoría de las veces se sientan y sólo piensan en hermosas y complacientes mujeres.

¿Dónde duermen los monstruos que nunca mueren?

Los monstruos que nunca duermen tienen una suite privada en la privada suite de la conciencia. Con todo, no hay que exagerar. En esa suite, como en el camarote de los hermanos Marx, hay de todo: fantasmas, ángeles, payasos, vendedores ambulantes, bailarinas otomanas, enfermeras, domadores de circo. La conciencia, como la vida, es un zoco.

Escríbeme a modo de receta de cocina el plato para ser realmente feliz en este extraño banquete que es la vida.

Soy partidario de la cocina tradicional diaria, y de la experimentación en las ocasiones, por eso lo que resulta imprescindible es la materia prima y no enredar más de la cuenta. Cójase un buen temperamento, con predisposición natural a la alegría, déjese macerar unos cuantos años, y después dórese a la plancha, con unas gotas de buena suerte, y sírvase muy caliente con el mejor vino tinto, que es el de no pedir apenas nada, para que todo lo que se nos aparezca constituya un regalo. Como veis, es un plato sencillo y difícil, exquisito y completo.

Si tuvieras por un día la máquina del tiempo en el desván de tu casa ¿A que momento del pasado irías y a quién invitarías para que te acompañara?

Fletaría un barco, algo así como ese trasatlántico felliniano de E la nave va, y enrolaría a mi familia y mis amigos, con un pasaje innumerable —desde algún hermano ancestral, como el homo antecesor, hasta las musas más recientes del cine americano. Habría invitados de todos los ámbitos y para todos los gustos: Germánico y Aristóteles, Madame de Sévigné y Mesalina, Kant y Emil Zatopek, Fernando Pessoa y el gran Houdini. En este nuevo camarote de los Marx, haríamos un crucero aleatorio por todas las épocas del pasado,

para regresar, al cabo de mucho, hasta el presente, más sabios, más felices y, aventuro, con la sospecha de que, si bien el hombre no tiene remedio, cualquier momento es bueno para ser feliz. En el camino, echaríamos por la borda a los pesados, para dar de comer a los tiburones, o los abandonaríamos en las islas que nos salieran al paso, para que se entretuviesen con ellos los minotauros de turno.

Si una noche un ladrón se llevara tu corazón en una bolsa. ¿Qué crees que haría con él?

Primero, llevarse una desilusión, porque seguro que lo ha robado por error. Después, tratar de empeñarlo en una de las viejas sucursales del Monte de Piedad, y, con lo poco que le diesen, tomarse un chato de vino en una taberna oscura. En el caso de que no aceptasen el empeño, supongo que lo arrojaría en una cuneta, en donde mi corazón emprendería de nuevo su aventura terrestre.

¿Qué querías que dijeran de ti a un biógrafo futuro quienes te conocieron?

Después de referir las anécdotas concretas, algo así como Fue un buen tipo, amó a los suyos, trató de no hacer daño, y en su compañía lo pasábamos bien. La vida lo hechizaba.